

tan poco distante de la capital de aquel imperio. Los Huexotzingos, los Cholultecas y otros Estados vecinos, que habian sido aliados de aquella república, envidiosos de su prosperidad, habian irritado contra ella á los Mexicanos, bajo el pretexto de que los Tlaxcaltecas querian apoderarse de las provincias marítimas del seno, y de que por medio de su comercio con ellas, aumentaban continuamente su poder y su riqueza, procurando seducir á los habitantes para ponerlos bajo su dominio. Este comercio, de que se quejaban los descontentos, estaba justificado por la necesidad; pues además de ser los pobladores de aquellas provincias originarios de Tlaxcala y reputarse parientes de los Tlaxcaltecas, éstos no podian proveerse en otros puntos, del algodón, del cacao y de la sal de que carecian. Sin embargo, de tal manera exasperaron el ánimo de los Mexicanos las representaciones de los Huexotzingos y de los otros rivales de Tlaxcala, que empezando por Moteuczoma I, todos los reyes de México trataron á los Tlaxcaltecas como á los mayores enemigos de su corona y pusieron fuertes guarniciones en la frontera de aquella república, para impedir su comercio con las provincias.

Los Tlaxcaltecas, viéndose privados de la libertad del tráfico, y por consiguiente de las cosas necesarias á la vida, determinaron enviar una embajada á la nobleza mexicana (probablemente en el tiempo de Axayacatl), quejándose del daño que les hacian las siniestras noticias de sus rivales. Los Mexicanos, ensoberbecidos con su prosperidad, respondieron que el rey de México era señor universal del mundo y todos los mortales eran sus vasallos, y como tales, los Tlaxcaltecas debian prestarle obediencia y pagarle tributo á ejemplo de las otras naciones; pero que si se rehusaban á someterse, perecerian sin remision, sus ciudades serian arruinadas y su país habitado por otras gentes. A respuesta tan arrogante y tan insensata, contestaron los embajadores con estas animosas palabras: "Poderosísimos señores: los Tlaxcaltecas no os deben tributo alguno ni lo han pagado jamás á ningun príncipe, desde que sus antepasados salieron de los países septentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad, y no estando acostumbrados á esa esclavitud á que pretendéis reducirlos, léjos de ceder á vuestro poderío, derramarán más sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan."

Los Tlaxcaltecas, afligidos por las ambiciosas pretensiones de los Mexicanos, y perdida toda esperanza de reducirlos á aceptar condiciones moderadas, pensaron en fortificar más sus fronteras para impedir una invasion. Ya habian circundado las tierras de la república con grandes fosos y colocado fuertes guarniciones en la raya; pero con las nuevas amenazas de los Mexicanos aumentaron el número de las fortalezas, doblaron el de las tropas que la guarnecian y fabricaron aquella famosa muralla de seis millas de largo, que impedia la entrada á su territorio por parte de Oriente, donde era mayor el peligro. Muchas veces fueron atacados por los Huexotzingos, por los Cholultecas, por los Iztocanenses, por los Tecamachalcos y por otros Estados vecinos ó poco distantes de Tlaxcala; mas todos ellos no pudieron conquistar un palmo de tierra de la república: tal era la vigilancia de los Tlaxcaltecas y el valor con que hacian frente á los invasores.

Habianse entretanto, acogido á su territorio muchos vasallos de la corona de México, especialmente Chalqueses y Otomites de Xaltocan, que se salvaron de las ruinas de sus ciudades en las guerras anteriores. Estos aborrecian de muerte á los Mexicanos, por los males que de ellos habian recibido; por lo que

los Tlaxcaltecas vieron en ellos los hombres más aptos para oponerse á las tentativas de sus enemigos. No se engañaron; pues en efecto, la mayor resistencia que hallaron los Mexicanos, fué la que les hicieron aquellos prófugos, especialmente los Otomites, que eran los que guarnecian las fronteras, y que por los grandes servicios que hacian á la república, fueron por ella magníficamente recompensados.

Durante los reinados de Axayacatl y de sus sucesores, los Tlaxcaltecas estuvieron privados de todo comercio con las provincias marítimas, de lo que resultó tal escasez de sal, que los habitantes se acostumbraron á comer los manjares sin aquel condimento, y no volvieron á usarlo hasta muchos años despues de la conquista de los españoles. Pero los nobles, ó á lo ménos algunos de ellos, tenian correspondencia secreta con los Mexicanos y por su medio se proveian de todo lo necesario, sin que llegase esto á noticia de la plebe de una y otra ciudad. Nadie ignora que en las calamidades generales, los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulacion, miéntras los ricos saben hallar medios de evitarla ó cuando ménos de mitigar su rigor.

Moteuczoma entretanto, no pudiendo sufrir que la pequeña república de Tlaxcala le negase la obediencia y la adoracion que le tributaban tantos pueblos, aun de los más remotos de su capital, mandó al principio de su reinado que los Estados vecinos á los Tlaxcaltecas alistasen tropas y atacasen por todas partes aquella república. Los Huexotzingos, confederados con los Cholultecas, pusieron sus fuerzas bajo el mando de Tecayahuatzin, jefe del Estado de Huexotzinco, y éste, prefiriendo por entónces la astucia á la fuerza, procuró con dones y promesas atraer á su partido á los habitantes de Hueyetlipan, ciudad de la república, situada en la frontera del reino de Acolhuacan, y á los Otomites, que guardaban los otros puntos de la raya. Ni unos ni otros cedieron á sus halagos, ántes bien protestaron que estaban dispuestos á morir en defensa de la república. Los Huexotzingos, viéndose ya en el caso de echar mano de la fuerza, entraron con tanto ímpetu en las tierras de Tlaxcala, que no bastando á detenerlos las guarniciones de la frontera, llegaron, haciendo grandes estragos, hasta Xiloxochitla, pueblo distante solo tres millas de la capital. Allí les hizo gran resistencia Tizaltlacatzin, célebre caudillo tlaxcalteca; mas al fin murió, oprimido por la muchedumbre de sus enemigos, los cuales, á pesar de hallarse tan cerca de la capital, tuvieron miedo de la venganza de los Tlaxcaltecas y volvieron precipitadamente á sus territorios. Este fué el origen de las continuas batallas y hostilidades que hubo entre aquellos pueblos, hasta la llegada de los españoles. La Historia no dice si en la ocasion de que vamos hablando, tomaron parte en la guerra los otros Estados vecinos de Tlaxcala: quizás los Huexotzingos y los Cholultecas no les permitieron participar de su gloria.

Los Tlaxcaltecas quedaron tan exasperados contra los Huexotzingos, que no queriendo ya limitarse á la defensa del Estado, pasaron muchas veces las fronteras y atacaron á los enemigos en su propio territorio. Una vez los acometieron por las faldas de los montes que están al Occidente de Huexotzinco¹ y de tal modo los estrecharon, que no pudiendo resistirles los Huexotzingos, pidieron socorro á Moteuczoma, el cual les envió un numeroso ejército al mando de su hijo primogénito. Estas tropas marcharon por la falda meridional del vol-

¹ La ciudad de Huexotzinco no estaba entónces donde hoy se halla la del mismo nombre, sino más á Poniente.

can de Popocatepec, donde se les agregaron las de Chietlan y de Itzocan, y de allí por Cuauhquecholan entraron en el valle de Atlixco. Los Tlaxcaltecas, enterados del camino que habian tomado sus enemigos, determinaron hacerles una inversion y atacarlos por retaguardia, ántes que se uniesen con los Huexotzingos. Fué tan impetuosa su arremetida, que los Mexicanos sufrieron una derrota completa, y aprovechándose de su desorden los Tlaxcaltecas, hicieron en ellos sangrientísimo estrago. Cayó entre los muertos el príncipe general en jefe, á quien se habia conferido aquel cargo más bien en consideracion á su alto carácter, que por su pericia en el arte de la guerra. Los restos del ejército huyeron, y los vencedores, cargados de despojos, regresaron á Tlaxcala. Es de extrañar que no se dirigiesen inmediatamente á Huexotzinco, pues debian esperar que no fuese larga su resistencia; pero quizás no fué tan completa la victoria, que no experimentasen tambien ellos una pérdida considerable, y tendria por más conveniente ir á gozar los frutos de su triunfo, para entrar despues con mayores fuerzas en campaña. Volvieron en efecto; pero fueron rechazados por los Huexotzingos, que se habian fortificado, y regresaron á Tlaxcala sin otra ventaja que la de haber hecho grandes daños en los campos de los enemigos; lo que les ocasionó tan gran escasez de viveres, que les fué preciso pedir socorros á los Mexicanos y á otros pueblos.

Moteuczoma se apesadumbró, como debía, por la muerte de su hijo, y por la pérdida de sus tropas: deseoso, pues, de tomar venganza, hizo apercibir otro ejército en las provincias vecinas á Tlaxcala, para bloquear toda la república; pero los Tlaxcaltecas, previendo lo que iba á suceder, se habian fortificado extraordinariamente y aumentado las guarniciones. Combatióse vigorosamente por una y otra parte; pero al fin las tropas reales fueron rechazadas, dejando considerables riquezas en manos de sus enemigos. La república celebró con grandes regocijos estas prosperidades y remuneró á los Otomites, á quienes principalmente se debian, confiriendo á los más distinguidos de entre ellos la dignidad de Texctli, que era la más alta del Estado, y dando á los jefes de aquella nacion las hijas de los más nobles Tlaxcaltecas.

No hay duda que si el rey de México se hubiera empeñado seriamente en aquella lucha, hubiera al cabo sometido los Tlaxcaltecas á su corona; porque aunque la república tenia grandes fuerzas, tropas aguerridas y fronteras bien guardadas, su poder era muy inferior al de los Mexicanos. Por lo que me parece verosímil lo que dicen los historiadores, á saber: que los reyes de México dejaron con toda intencion subsistir aquel Estado rival, distante apenas sesenta millas de su capital, tanto para tener frecuentes ocasiones de ejercitar sus tropas, como tambien, y principalmente, para proporcionarse los prisioneros necesarios á sus sacrificios. Uno y otro objeto conseguian en los frecuentes ataques que daban á los pueblos de Tlaxcala.

TLAHUICOLE, FAMOSO GENERAL DE LOS TLAXCALTECAS.

Entre las víctimas tlaxcaltecas, es memorable en las historias de aquel país un famosísimo general llamado *Tlahuicole*.¹ en quien no se sabia si era más ad-

¹ El suceso de Tlahuicole ocurrió verosímelmente en los últimos años del reinado de Moteuczoma; pero me ha parecido conveniente anticiparlo por la relacion que tiene con la guerra de Tlaxcala.

mirable el denuedo de su ánimo, que la fuerza extraordinaria de su cuerpo. El *macuahuitl*, ó espada mexicana con que combatia, era tan pesada, que apenas podia alzarla del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. Su nombre era el terror de los enemigos de la república, y todos huían, donde quiera que lo veian parecer con su formidable armamento. Este, pues, en un asalto que dieron los Huexotzingos á una guarnicion de Otomites, se empeñó incautamente, en el calor de la accion, en un sitio pantanoso, de donde no pudiendo salir con la prontitud que queria, fué hecho prisionero, encerrado en una fuerte jaula, y de allí llevado á México y presentado á Moteuczoma. Este monarca, que sabia apreciar el mérito, aun en sus enemigos, en vez de darle muerte, le concedió generosamente la libertad de volver á su patria; pero el arrogante Tlaxcalteca no quiso aceptar aquella gracia, bajo el pretexto de no osar presentarse ante sus compatriotas cubierto de ignominia. Dijo que queria morir, como los otros prisioneros, en honor de sus dioses. Moteuczoma, viéndolo tan resuelto á no volver á su patria, y no queriendo privar al mundo de un hombre tan célebre, lo tuvo entretenido en su corte, con la esperanza de hacerlo amigo de los Mexicanos y de emplear sus servicios en bien de la corona. Entre tanto se encendió la guerra con los de Michuacan, cuyas causas y pormenores ignoramos enteramente, y el rey encargó á Tlahuicole el mando de las tropas que envió á Tlaximaloyan, frontera, como ya he dicho, de aquel reino. Tlahuicole correspondió á la confianza que habia merecido; y no habiendo podido desalojar á los Michuacanos del sitio en que se habian fortificado, hizo muchos prisioneros, y les tomó gran cantidad de oro y plata. Moteuczoma apreció sus servicios, y volvió á concederle la libertad; pero rehusándola él, como ántes habia hecho, le ofreció el rey el alto empleo de Tlacatecatl, ó sea general de los ejércitos mexicanos. A esto respondió el valiente republicano que no queria ser traidor á su patria, y que queria absolutamente morir, con tal que fuese en el sacrificio gladiatorio, que, como destinado á los prisioneros de más nota, le seria mucho más honroso que el ordinario. Tres años vivió aquel general en México con una de sus mujeres que habia ido á Tlaxcala á reunirsele, y es de creer que los Mexicanos proporcionasen esta union, á fin de que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobleciese con sus hazañas la corte y el reino de México. Finalmente, viendo el rey la obstinacion con que rehusaba todos los partidos que se le ofrecian, condescendió con su bárbaro deseo y señaló el día del sacrificio. Ocho días ántes empezaron los Mexicanos á celebrarlo con bailes: cumplido aquel término, en presencia del rey, de la nobleza y de una gran muchedumbre del pueblo, pusieron al prisionero tlaxcalteca atado por un pié en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda en que se hacian aquellos sacrificios. Salieron uno á uno para combatir con él, muchos hombres animosos, de los que mató, según dicen, ocho, é hirió á veinte; hasta que cayendo medio muerto en tierra de un golpe que recibió en la cabeza, fué llevado ante el ídolo Huitzilopochtli, y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazon los sacerdotes, y precipitaron el cadáver por las escaleras del templo, según el rito establecido. Así terminó sus días aquel valiente general, cuyo valor y fidelidad á su patria lo hubieran elevado á la clase de héroe, si lo hubieran dirigido las luces de la religion.

HAMBRE EN LAS PROVINCIAS DEL IMPERIO, Y OBRAS PUBLICAS
EN LA CORTE.

Mientras se hacia la guerra con los Tlaxcaltecas, se padeció hambre en algunas provincias del imperio, ocasionada por la sequedad de los años anteriores. Consumido todo el grano que tenían los particulares, tuvo ocasion Moteuczoma de ejercer su libertad: abrió sus graneros, y distribuyó entre sus súbditos todo el maíz que contenian; mas no bastando éste á remediar su necesidad, permitió, á imitacion de Moteuczoma I, que fuesen á otros países á proporcionarse lo necesario para vivir. El año siguiente, que era el de 1505, habiendo habido una cosecha abundante, salieron los Mexicanos á la guerra contra Cuauhtemallan, provincia distante más de novecientas millas de México hácia el Sudeste. Mientras se hacia esta guerra, ocasionada probablemente por alguna hostilidad cometida por los Cuauhtemaltecos contra los súbditos de la corona, se terminó en México la fábrica de un templo erigido en honor de la diosa Centeotl, cuya solemne dedicacion fué celebrada con el sacrificio de los prisioneros hechos en la guerra.

Habian por aquel tiempo los Mexicanos ensanchado el camino que iba sobre el lago de Chapultepec á México, y reconstruido el acueducto que en el mismo camino habia; pero la alegría que ocasionó la terminacion de aquellas obras, se turbó con el incendio de la torre de un alto templo llamado *zomolli*, de resultas de un rayo que cayó en ella. Los habitantes de la parte de la ciudad remota del templo, y particularmente los Tlatelolcos, no habiendo tenido noticia del rayo, se persuadieron que el incendio habia sido excitado por algunos enemigos que habian llegado repentinamente á la ciudad; por lo que se armaron para defenderla y acudieron en tropel al templo. Tanto indignó á Moteuczoma aquella inquietud, atribuyéndola á un mero pretexto de los Tlatelolcos para promover una sedicion (pues siempre estaba desconfiando de ellos), que los privó de los empleos públicos que servían, y aun les prohibió que se presentasen en la corte, no bastando á disuadirlo de aquella resolucion, ni las protestas que hicieron de su inocencia, ni los ruegos con que imploraban la clemencia real; pero cuando se apaciguó aquel primer ímpetu de su cólera, los restituyó á sus empleos y á su gracia.

NUEVAS REVUELTAS.

Entre tanto, se rebelaron contra la corona los Mixtecas y los Zapotecas. Los principales jefes de la rebelion, en que tomaron parte los nobles de ambas naciones, fueron Cetecpatl, señor de Coaixtlahuacan y Nahuixochitl, señor de Tzotzollan. Antes de todo mataron á traicion á todos los Mexicanos que estaban en las guarniciones de Huagyacac y de otros puntos. Cuando Moteuczoma tuvo noticia de estos sucesos, mandó contra ellos un grueso ejército, compuesto de Mexicanos, Texcocanos y Tepanecas, bajo las órdenes del principe Cuitlahuac, su hermano, y sucesor á la corona. Los rebeldes fueron prontamente vencidos, muchísimos de ellos hechos prisioneros con sus jefes, y saqueada su ciudad. El ejército volvió á México cargado de despojos: los cautivos fueron sacrificados, y el Estado de Tzotzollan fué dado á Cozcacuauhtli, hermano de Nahu-

xochitl, por haber sido fiel al rey, anteponiendo la obligacion de súbdito á los vínculos de la sangre; pero se difirió el sacrificio de Cetecpatl, hasta que hubo descubierto los cómplices de su crimen y los designios de los rebeldes.

DISENSION ENTRE HUEXOTZINGOS Y CHOLULTECAS.

Poco tiempo despues de esta expedicion, se suscitó una reyerta entre los Huexotzingos y los Cholultecas, sus amigos y vecinos, no sé por qué causa, y remitiendo la decision á las armas, se dieron una batalla campal. Los Cholultecas, como más prácticos en el ejercicio de la religion, del comercio y de las artes, que en el de la guerra, fueron vencidos y obligados á retirarse á su ciudad, á donde sus enemigos los persiguieron, matándoles mucha gente y quemándoles algunas casas. Apénas consiguieron este triunfo los Huexotzingos, cuando se arrepintieron amargamente, temerosos del castigo que les amenazaba. Para evitarlo, enviaron á Moteuczoma dos personas de carácter, llamadas *Tolimpaneatl* y *Tzoncostli*, procurando justificarse é inculpar á los Cholultecas. Los embajadores, ó por exaltar el valor de sus compatriotas, ó por otro motivo que ignoro, exageraron de tal modo la pérdida de los Cholultecas, que hicieron creer al rey que todos habian perecido, y que los pocos que se habian salvado habian abandonado la ciudad. Moteuczoma, al oír estos pormenores, se afligió extraordinariamente, y temió la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario, que era de los más célebres y reverenciado de todo aquel país, creía profanado por los Huexotzingos. Habiéndose aconsejado con los dos reyes aliados, mandó á Cholullan algunos personajes de su corte, para informarse exactamente de todo lo que habia ocurrido: noticioso de que los embajadores le habian exagerado la verdad, se encolerizó de tal modo por este engaño, que sin detenerse, despachó á Huexotzinco un ejército, mandando al general que castigase severamente á los habitantes, si no le daban la debida satisfaccion. Los Huexotzingos, previendo la tempestad que iba á descargar sobre ellos, salieron ordenados en forma de batalla á recibir á los Mexicanos, cuyo general se adelantó y les expuso en estos términos la comision que llevaba: "Nuestro señor Moteuczoma, que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli, que manda en las orillas del lago, y Totoquihuatzin, que reina al pié de los montes, me mandan deciros que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholullan y la muerte de sus habitantes; que esta noticia los ha penetrado de dolor, y que se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl." Los Huexotzingos respondieron que aquella noticia habia sido muy exagerada; pero que la ciudad no tenia la culpa de la propagacion de la mentira, y en prueba de ello se ofrecieron á satisfacer á los tres reyes con el castigo de los culpables. Hicieron conducir en seguida á los embajadores y los entregaron al general, despues de haberles cortado las orejas y las narices, que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público. Así terminaron los males de la guerra, que de otro modo hubieran sido inevitables.

EXPEDICION CONTRA ATLIXCO Y OTROS PUEBLOS.

Harto diferente fué la suerte de los Atlixqueses, que se habian rebelado contra la corona; pues fueron derrotados por los Mexicanos, que les hicieron un

gran número de prisioneros. Ocurrió esto el mes de Febrero de 1506, cuando por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta de la renovación del fuego, con mucho más aparato y solemnidad que en tiempo de Moteuczoma I, y en los otros años seculares. Aquella fué la más magnífica y la última que celebraron los Mexicanos. En ella fueron sacrificados muchos prisioneros, reservando otros para la dedicación de Tzompantli, que, como después diremos, era un edificio inmediato al templo mayor, donde se guardaban las calaveras de las víctimas.

PRESAGIOS DE LA GUERRA DE LOS ESPAÑOLES.

Parece que no hubo guerra alguna en aquel año secular; pero en el de 1507, los Mexicanos hicieron una expedición contra Tzolan y Mictlan, pueblos mixtecos, cuyos habitantes huyeron á los montes, sin dejar otras ventajas á los Mexicanos, que algunos prisioneros que hicieron de los pocos que se habían quedado en sus casas. De allí pasaron á subyugar á los de Cuauhquechollan, que se habían rebelado, en cuya ocasión ostentó su valor el príncipe Cuitlahuac, general del ejército. Murieron algunos valientes caudillos mexicanos; pero volvieron á imponer el yugo á los rebeldes, y les hicieron tres mil y doscientos prisioneros, que fueron sacrificados, parte en la fiesta de Tlacaxipehualiztli, que se hacía en el segundo mes mexicano, y parte en la dedicación del santuario Zomolli, el cual, después del ya mencionado incendio, había sido magníficamente reconstruido.

El año siguiente salió el ejército real, compuesto de Mexicanos, Texcocoanos y Tepanecas, contra la remota provincia de Amatlan. Al pasar por una altísima montaña, sobrevino una gran tempestad de nieve, que ocasionó terrible estrago en el ejército; pues los unos, que viajaban casi desnudos y estaban acostumbrados á un clima suave, murieron de frío, y otros, de la caída de los árboles que arrancaba el viento. Del resto de las tropas, que continuaron muy disminuidas su viaje, murió la mayor parte en las acciones.

Esta y otras calamidades, unidas á la aparición de un cometa, pusieron en gran consternación á aquellos pueblos. Moteuczoma, que era demasiado supersticioso para ver con indiferencia aquel fenómeno, consultó á los astrólogos; y no habiendo podido éstos darle una respuesta satisfactoria, hizo la misma pregunta al rey de Acolhuacan, que era muy dado á la astrología y á la adivinación. Estos reyes, aunque parientes, y perpetuamente aliados, no vivían en muy buena armonía, desde que el de Acolhuacan había mandado dar muerte á su hijo Huexotzincatzin, sin dar oídos á los ruegos de Moteuczoma, que como tío de este príncipe, había implorado su perdón. Había ya mucho tiempo que no se trataban con la frecuencia y confianza que ántes; pero en aquella época, el vano terror que se apoderó del ánimo de Moteuczoma, lo excitó á valerse del saber de Nezahualpilli: así que, le rogó que pasase á México, para tratar de aquel asunto, que á uno y otro era tan interesante. Condescendió con sus ruegos el rey de Acolhuacan; y después de haber discurrido largo tiempo con Moteuczoma, fué de opinión, según dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes extrañas. Pero no agradando tampoco esta interpretación á Moteuczoma, Nezahualpilli lo desafió á jugar al balón, que era diversión muy común entre aquellas gentes, y aun entre los mismos monarcas: además, convinieron en que si el rey de Mé-

xico ganaba, el de Acolhuacan renunciaría á su interpretación y la creería falsa; y si ganaba éste, aquel la adoptaría como verdadera. Insensatez verdaderamente ridícula de aquellos hombres, como si el éxito de una predicción dependiese de la destreza del jugador ó de la suerte del juego, pero menos perniciosa que la de los antiguos europeos, que hacían depender de la barbarie del duelo y de la incertidumbre de las armas, el honor, la inocencia y la verdad. Quedó Nezahualpilli vencedor en el juego, y desconsolado Moteuczoma por la pérdida y por la confirmación de tan triste vaticinio. Sin embargo, quiso tomar otras medidas, esperando hallar una explicación más favorable que contrapesase la del rey de Acolhuacan. Hizo, pues, consultar á un famosísimo astrólogo muy versado en las supersticiones de la adivinación, con las que había adquirido tanta celebridad y tanto influjo, que sin salir de su casa daba respuestas como un oráculo á los potentados y á los reyes. Este hombre, sabiendo lo que había ocurrido entre los dos monarcas, en lugar de dar una respuesta favorable á su soberano, ó equivoca á lo ménos, como hacen comunmente los que viven de semejantes patrañas, confirmó plenamente los funestos anuncios del rey de Acolhuacan; con lo que se indignó de tal manera Moteuczoma, que en recompensa mandó destruir la casa del pobre astrólogo, quedando él sepultado en las ruinas.

Estos y otros vaticinios de la ruina de aquel imperio, se ven en las pinturas mexicanas y en las obras de los españoles. Estoy muy lejos de pensar que todo lo que hallamos escrito sobre este asunto, sea digno de crédito; pero tampoco puedo dudar de las tradiciones que existían entre los Mexicanos, acerca de la próxima ruina de aquel imperio, de resultas de la venida de gentes extrañas, que se apoderarían de toda la tierra. No ha habido en todo el país de Anáhuac una sola nación, culta ó inculta, que no haya admitido aquella creencia, como lo prueban las tradiciones verbales de las unas y las historias de las otras. Es imposible adivinar el primer origen de una opinión tan general; pero desde que en los siglos XV y XVI, los navegantes, ayudados por la invención de la brújula, empezaron á perder el miedo á la alta mar, y los europeos, estimulados por la ambición y por la sed insaciable del oro, se habían familiarizado con los peligros del Océano, aquel maligno espíritu, enemigo capital del género humano, que no cesa de espiar en toda la tierra las acciones de los mortales, pudo fácilmente conjeturar los progresos marítimos de los pueblos de Oriente, el descubrimiento del Nuevo-Mundo, y una parte de los grandes sucesos que allí debían ocurrir; y no es inverosímil que los predijese á la nación consagrada á su culto, para confirmar, con la misma predicción del porvenir, la errónea persuasión de su pretendida divinidad. Pero si el demonio pronosticaba futuras calamidades para engañar á aquellos miserables pueblos, el piadosísimo autor de la verdad las anunciaba también para disponer sus espíritus á la admisión del Evangelio. El suceso que voy á referir en confirmación de esta verdad, fué público y estrepitoso, ocurrido en presencia de dos reyes y de toda la nobleza mexicana. Hallábase, además, representado en algunas pinturas de aquella nación, y de él se envió un testimonio jurídico á la corte de España.

SUCESO MEMORABLE DE UNA PRINCESA MEXICANA.

Papantzin, princesa mexicana, y hermana de Moteuczoma, se había casado con el gobernador de Tlaltelolco: muerto éste, permaneció en su palacio hasta